

## LOS CUENTOS DE FIN DE MES

# ACROBATAS DE PERRACHICA

Pasaron con un tambor, seguidos de un enjambre de chiquillos. Se detenían en cada esquina, batían el parche y luego anunciaban la fiesta:

«¡Gran función en la plaza! Acróbatas, variedades, la cabra sabia, la mona lista... Entrada: La voluntad.»

Ocurría ésto a las ocho de la noche. Los últimos labriegos regresaban del campo y las farolas del alumbrado público ya alumbraban la calle.

—Chica, ¿has oído?: Variedad — decía una de las matracas más movidas del pueblo.

—Pues, ¡qué bien! — contestaba otra

—¡Lacrabasabial! — gritaba un mocoso.

Los niños iban repitiendo el pregón deformándolo entre risas ofensivas y desustanciadas.

Todo el pueblo fué enterado del espectáculo y todos los jóvenes y la gente de mala voluntad se congregaron después de la cena en la Plaza Mayor, formando círculo en torno a un tablado improvisado en el que una silla, una guitarra, una alfombra raída, una cabra y una mona daban la primera impresión del espectáculo que se preparaba.

No sé si algo se ha escrito sobre estas «troupes» miserables que, de pueblo en pueblo van pregonando su deteriorada mercancía. Algo, quizás. Pero un relato entero, acabado, exhaustivo sobre la vida y milagros de estos acróbatas de perrachica dudo que exista en el mercado del libro. ¡Qué de tragedia, qué de bohemia, qué de mundología y de psicologías cazurras arrastran consigo estas familias de acróbatas o lo que sean en su deambular por estos mundos de Dios y del diablo, robando en los campos, mendigando en los pueblos, y exponiendo su arte a las risas groseras y estúpidas de las gentes de aldea y de corral!

¡Qué de tragedia! La pobre chiquilla de edad indefinida, escuálida, sucia, mal pintada, vestida con cuatro colorines de Dios sabe cuan remota antigüedad; el equilibrista que pasa la maroma a medio palmo del suelo ayudándose de un paraguas familiar y cayéndose tres y cuatro veces antes de lograr el intento; la cabra cuyo trabajo consiste en dar vueltas y más vueltas encima de una bola del tamaño de una sandía, en la que coloca sus cuatro patas; la mona que baila al son de un pandero...

¡Qué de bohemia! De pueblo en pueblo, pregonando en cada lugar la función que realizan todas las noches, pasando siempre los mismos apuros, recogiendo en cada sesión un puñado irrisorio de calderilla con el que no tendrán ni para reemplazar al escuálido jamelgo que tira del carromato cuando, cansado de masticar hierba, les entregue la piel llena de parches para que hagan de ella un tapiz para algún aduar de gitanos.

¡Qué de miseria! Parásitos hasta en las uñas y mugre en todas partes. Vestidos que caen a jirones. Suciedad. Promiscuidad. Bacanales que son parodias engarzadas en una blasfemia. Hambre y frío en invierno. Indefensos bajo la lluvia. Im-

posible retorno por el camino digno.

¡Qué de experiencias guarda su alma, encerrada en sí misma, hermética, incapaz de volcarse hacia fuera por escasez de conceptos, de expresiones que nos la mostrarían en toda su riqueza!

Me entristezco, cuando veo ante mí, con toda la magnitud de su presencia, a estas gentes que han rodado tanto, que han sufrido tanto, que llevan tanta pena en los ojos, tanta morfina en los nervios, tal abatimiento en sus hombros. Gentes faltas de expresión, del divino don de la palabra, del pensamiento claro, del raciocinio lógico; gentes que se enzarzan en sus propios males, que se atan con su angustia, con sus desgracias, con su hado adverso...

«Gran función en la plaza...»

...Cuando hubo bastante gente comenzó la función. Un mozalbete cantó una copla de mal gusto. La gente rió mucho. Chicos y chicas. Ellos con ostentación. Ellas más discretamente.

En cuanto se rió la gente, la estrella de variedades ensayó una sonrisa que quería ser simpática y empezó a pasar la bandeja. No era guapa, pero por lo menos parecía joven: Unos 18 años consumidos por el hambre y las privaciones.

Lorenzo, un solterón que se las dá de tenorio, le ofreció un litro de aceite de verdad a cambio de ciertos favores. Sonrió más y continuó pasando la bandeja. Luego tocaron la guitarra y los acróbatas levantaron

unas pesas con los dientes; cualquier aldeano las habría levantado con menos esfuerzo.

Sonaron unos aplausos de chunga y entonces anunciaron la actuación de Marujita Amaya, pero añadieron que mientras se vestía pasarían la bandeja otra vez para agradecer la atención del respetable.

Salió la Marujita. Lorenzo y otros «Lorenzos» de más boquilla que mala intención se colocaron, atropellándolo todo, en primera fila. Bordoneó la guitarra, sonaron las castañuelas y empezó Marujita con unos pases de pecho que artísticamente no significan nada pero que arrancaron «olés» y «viva tu

mare» de los adolescentes del coro. Continuó Marujita con una faena de adorno que fué premiada con ovaciones de los Lorenzos y remató la labor con tres o cuatro rotaciones sobre el eje de sus piernas con exhibición de liga que hizo levantar a cuatro ancianos de sus asientos.

Se premió la labor de Marujita Amaya con nutridísimos aplausos y tuvo que repetir. Al bisar aumentó el número de rotaciones hasta el paroxismo. Los Lorenzos estaban roncós de tanto ¡alearlo. Entonces ella bajó del tablado, cogió la bandeja y volvió a pasarla, arrimándose a los hombres con todo descaro y consiguiendo el mayor éxito de taquilla de toda la noche.

Hubo descanso, rifa de una botella de coñac con subasta de números, y segunda parte con actuaciones de la cabra y de la mona, pero no de Marujita. Rasgueó de guitarra final y, a las doce solares, la una del reloj, la gente desfiló hacia su casa.

Yo también, me fuí a dormir. A estas horas todavía no sé en que quedó lo del litro de aceite de verdad.

Ni me importa.

Antonio Miralles Manresa

